

dia á la semana. La primera leccion autorizaron con su presencia el presidente y oidores de la real audiencia, junto con el cabildo eclesiástico y religiones. El Sr. obispo, que era entónces D. Francisco Santos, singularmente afecto á la Compañía, no solo á este primer ejercicio, sino á muchos otros despues asistia personalmente con no poca edificacion y provecho de su clero. A esta leccion de casos morales, que á peticion del Illmo. Sr. D. Alonso Guerra se habia comenzado algun tiempo ántes en Valladolid, se añadió este año otra leccion pública de la lengua tarasca, con que dentro de pocos años se proveyó á la escasez de ministros con grande utilidad de los indios. La grande estimacion que habian hecho siempre de la Compañía los señores obispos de Michoacán, desde el Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga hasta el dicho Sr. D. Fr. Alonso de Guerra, que acababa de morir en brazos de los jesuitas, y la que á su imitacion hacia tambien el Illmo. cabildo, no permitian que hubiese negocio de alguna consecuencia que no hubiese de pasar por mano de los padres. Esta confianza se mostró bien en la sede vacante con mucho crédito de la Compañía. Se compuso una grave discordia que traia divididos los miembros del cabildo eclesiástico, y aun toda la ciudad, con grande satisfaccion de entrambas partes. Se vencieron grandes dificultades para el progreso y perfeccion del monasterio de Santa Catarina de Sena, obra que habia comenzado el difunto obispo, y que debió á la Compañía no habersè visto sofocada en sus cunas. Las señoras de aquel religiosísimo convento correspondieron á estos buenos oficios, queriendo que uno de los nuestros predicase el dia de su dedicacion, y fiando al padre Diego de Villegas, rector de aquel colegio, y á otros de los padres la direccion de sus conciencias, tanto en el confesonario, como en las morales exhortaciones que pidieron se les hicieran en los dias señalados.

Los indios de Pátzcuaro crecian cada dia mas en la instruccion y aprovechamiento de sus almas, y en el afecto á los de la Compañía, que miraban como autores de su felicidad. El Señor procuraba alguna vez con extraordinarios sucesos á la sincera fé de estas gentes. Una india, postrada al rigor de una enfermedad y privada del uso de sus miembros, habia estado muchos dias con el deseo de confesarse con alguno de nuestros misioneros que frecuentemente pasaban por aquel pueblo. Oyendo un dia repicar las campanas (que con esta solemnidad reciben á los sacerdotes que entran en sus tierras) y sabiendo que era jesuita el recién llegado, se hizo llevar á la Iglesia. Se confesó no sin mucha

Sucesos raros y edificantes.

incomodidad porque fué menester que la tuviesen; pero acabando de recibir la absolucion se levantó por su pié á dar ante el altar las gracias de la espiritual y corporal salud, que habia juntamente recibido. La admiracion y gozo del pueblo fué grande cuando la vieron volver á su casa enteramente sana. Un indio, cuasi del todo ciego, vino al mismo padre á que le dijese un evangelio, con el cual recobró perfectamente la vista. Otra sanó sin mas medicamento de unos mortales y frecuentes desmayos que le habian afligido algun tiempo. Singularmente resplandecia en ellos mucho la devocion con la Santísima Virgen. Con esta leche habia formado aquella cristiandad recién nacida el venerable Sr. D. Vasco de Quiroga, y la hermosa imágen que se habia colocado en nuestra Iglesia la fomentaba con notable fruto. Una india jóven, hija de uno de los principales caciques, fervoroso cristiano, habia quedado de una enfermedad valdada, y sin poder sostenerse sobre los piés. La madre, animada de una vivísima fé, la trajo consigo á la Iglesia, y haciéndola poner ante el altar de la Santa imágen perseveró en oracion y ayunó desde la mañana hasta la noche. No permitió la Santísima Virgen quedase burlada la esperanza de su sierva. La enferma sintió luego en sí un extraordinario movimiento, principio de salud que recobró perfectamente dentro de pocos dias: ni fué este solo el beneficio que hizo Dios á la enferma. En agradecimiento de la sanidad milagrosa, volvió á la Iglesia, y llevada de un fervor que en otra persona pudiera parecer imprudente, hizo al Señor por mano de la reina de las vírgenes, voto de perpetua virginidad. No tardaron en poner á un grande riesgo su constancia las sollicitaciones importunas de sus deudos para el matrimonio. Aun su confesor mismo, imprudentemente temeroso, no creyendo que pudiese permanecer entre las ocasiones mucho mas frecuentes y terribles en la pobreza de estas gentes, le aconsejaba lo mismo; sin embargo, ella, con razones superiores á su edad y su cultiyo, consiguió persuadirle que no la molestase mas en este asunto. En efecto, poco despues, fundándose en Valladolid el monasterio de Santa Catarina, de que arriba hemoshablado, logró poner á cubierto su amada virginidad entrando á servir á aquellas religiosas en compañía de otra su hermana á quien habia hecho seguir el mismo propósito, y que fueron aun entre las esposas de Jesucristo ejemplares de toda virtud.

Estos bellos progresos, favorecidos no ménos que con prodigios del cielo, se veian en la cristiandad de Tepotzotlán, singularmente entre los jóvenes del Seminario de S. Martin. Un niño de doce años, hijo del

gobernador de Chiapa y descendiente muy cercano de los antiguos reyes de aquella provincia, se había criado en aquel colegio con tanta piedad, circunspeccion y virginal recato, que era llamado comunmente el indio santo. Acometióle una enfermedad en que no podía disimular el gozo interior de su espíritu por salir de la prision del cuerpo. Se confesó en ocho dias cinco veces, y habiendo hecho todas las diligencias para ganar la indulgencia, y ayudándose con fervorosos coloquios á un crucifijo que tenia en las manos, y arrancando lágrimas de devocion á todos los circunstantes, espiró plácidamente. Aquella misma noche á la hora en que murió, se dejó ver de una persona lleno de vida y hermosura, y preguntóle cómo había sanado tan presto: yo estuve enfermo, dijo, para gozar ahora de tan buena salud. Voy al cielo: de mis padres tengo lástima y de los que quedan aun luchando en este mundo. Otro jóven estando al parecer poco agravado de la enfermedad, aseguró, mas de una vez, que á la noche siguiente moriria á las tres de la mañana; que un hombre hermosísimo vestido de blanco se lo había prometido, y la verdad del suceso correspondió justamente á la prediccion. Bien sabemos que este género de apariciones son de ordinario sospechosas y muy mal recibidas en aquellas gentes que precian de un gusto delicado, y de no abandonarse jamás ciegamente á la buena fé, ó la demasiada credulidad de ciertos autores que por lo comun las refieren con poca discrecion. No ignoramos tambien lo que ha dejado escrito en deshonor de las historias religiosas cierto escritor de nuestro siglo, por cuyas obras se trasluce el mismo libertinage en la fé que en las costumbres. Yo no veo que estos adoradores de la antigüedad acusen de flaqueza ó de mala fé á Tito Livio, á Plutarco, á Valerio Máximo, y á tantos otros autores paganos que nos refieren mayores y mas increíbles prodigios, y á quienes á pesar de la grande libertad de juicio que se profesa en estos tiempos, no se deja de dar crédito por el respeto que se imagina deber á tan famosos hombres. No se reprende que Pórcida había apagado sin lesion en su mano las brasas; que había llovido unas veces ceniza y otras sangre en Italia; que hablen los bueyes y las estatuas de los falsos dioses; que se haya oido en Roma una voz que previniese la venida de los antiguos franceses. ¿Y los lectores cristianos habrian de reprender en los autores de la historia religiosa y eclesiástica sucesos autorizados por tantos otros semejantes que se hallan en las Santas Escrituras y en los padres mas respetables de la Iglesia, y que parecen pertenecer de un modo muy par-

ticular al orden de la Providencia, singularmente para la estension y propagacion del Evangelio entre naciones bárbaras?

La residencia de Veracruz perdió este año un misionero infatigable en el padre Carlos de Villalta. Habia sido muchos años beneficiado y excelente en la lengua mexicana, cuando el Señor, á los sesenta años de su edad, con un modo maravilloso, lo llamó á la Compañía. Recibido no sin dificultad, vivió en ella catorce años, siempre trabajando con la fortaleza de un jóven, y tan conforme á las menudas observancias de nuestras reglas, como si hubiera entrado niño en la religion. Varon verdaderamente humilde, austero y riguroso consigo, cuanto amable y apacible con todos. En los últimos dias de su vida trayéndole cartas de un hermano que tenia en el Perú, no permitió que se las leyeran, diciendo: *Conversatio nostra in cælis est.* En efecto, empleado en afectos muy ardientes, y respondiendo él mismo á la recomendacion de su alma, vió venir la muerte con aquella misma serenidad y devota alegría con que había hecho frente á los mas penosos trabajos en el ministerio apostólico. Murió á 9 de enero de 1595.

Poco tiempo despues, habiendo de partir para Filipinas una reclusa de nuevos misioneros, pareció necesario que algunos padres fuesen por delante, tanto para prevenir el pasage de la mision, como para ayudar en aquella cuaresma la gente de los navios, y muchos otros que de todo el reino bajan atraidos de la comodidad del comercio. En efecto, se vió ser muy saludable este pensamiento. En todos los vecinos, y singularmente en la gente de mar se hizo una extraordinaria conmocion. Fueron muchas las confesiones con grande trabajo y no poco consuelo de los misioneros. Se singularizó entre todos uno de los padres, que por la extension que tenia en lenguas estrangeras podia ayudar, igualmente á los indios, á los mercaderes y soldados de diversas naciones, franceses é italianos. No conteniéndose su celo en los cortos limites de aquel puerto, se extendieron á los pueblos comarcanos por mas de treinta leguas. Los vecinos quedaron tan agradecidos, que trataron con muchas veras fundar allí un colegio de la Compañía, ofreciendo para esto no pequeña parte de sus haciendas, y señalando desde luego alguna renta para el sustento de los sugetos, para cuya seguridad enviaron algunos por escrito y firmados de sus nombres las ofertas que hacian, que pasaban de dos mil pesos. Se les agradeció su buena voluntad, y ya que no se pudo condescender con sus piadosos deseos, se les prometió que los padres que hubiesen de pasar á Filipinas, se en-

viarian siempre algun tiempo ántes para que llevasen adelante aquellos frutos de penitencia y de piedad, que el Señor se habia dignado obrar por medio de sus santos ministerios.

Para conocer los rápidos progresos que hacia el Evangelio en la fiera nacion de los chichimecas, bastará decir que en poco mas de quince dias, en solo el pueblo de S. Márcos, se bautizaron mas de noventa adultos, y se dieron las manos conforme al rito de la Santa Iglesia, repudiadas sus antiguas concubinas, sesenta y ocho pares de indios, de los mas valerosos capitanes de su gentilidad, y entre ellos uno que contaba en sus sargas treinta y seis muertos: se sujetaban á los padres y se dejaban corregir aun estando con las armas en las manos, con la mancedumbre y simplicidad de unos niños. Aun en tiempo de la tuna, que era para ellos la tentacion mas vehemente en que solian desamparar sus chozas y vivirse en los montes, en no interrumpida embriaguez, no se vieron salir del pueblo, sino dos sin licencia del misionero. Los demas la pedian con el mayor rendimiento, y con beneplácito del padre iban escoltados de los mejores cristianos para precaver la embriaguez ó algun otro desorden, y volvian á dormir al pueblo. De los dos que habian salido de él sin licencia, eran un cacique de los mas temidos entre ellos, y cuyo ejemplo pudiera ser de muy fatales consecuencias. El buen pastor, advertido de su fuga, salió luego por aquellos desiertos en busca de la oveja descarriada. El Señor, que guiaba los pasos de su celo, lo llevó puntualmente al lugar donde estaba acompañado de su muger aquel bárbaro. ¡Y qué, le dijo, siendo vos el capitan y la cabeza de este pueblo habéis de dar tan mal ejemplo á vuestros hijos, y á mí una pesadumbre tan sensible? Si vos me faltáis ¿cómo podré yo contener á los demas? Estas pocas palabras, dichas con amor y con blandura, hicieron que avergonzado el indio, que era naturalmente de muy altos pensamientos, pidiese al padre perdon de su falta, y se viniese con él para el lugar. Esta docilidad tan no esperada en la nacion mas fiera y mas inculta de la América, daba á los operarios una firme esperanza de ver muy presto reducidas todas aquellas gentes al culto del verdadero Dios. El padre provincial Estevan Paez, visitando el colegio de Zacatecas, quiso pasar por S. Luis de la Paz; y dando cuenta de su visita al padre general, escribe así: „Una legua ántes de S. Luis salieron á recibirme muchos indios chichimecas á caballo con sus espadas ceñidas á la española, y otros muchos con sus arcos y flechas que causaban horror. A la puerta de la Iglesia nos esperaba el resto del

pueblo muy en orden, los hombres á un lado y las mugeres á otro. Despues de una breve oracion, hice que se preguntaran el catecismo unos á otros, y en este género los chichimequillos de la escuela ó Seminario nos fueron de mucha recreacion, porque se preguntaban y se respondian con mucha presteza, no solo las preguntas ordinarias de la doctrina, sino el ayudar á misa, y lo que se responde á los bautizos solemnes, lo cual decian con tanta distincion y buena pronunciacion, como si hubieran estudiado latin algunos años. Al dia siguiente dije misa, oficiándola los mismos indios en canto llano con tanta destreza, que los españoles no lo harian mejor. Con esto se van domesticando y aficionando á la virtud, y con su ejemplo, otros infieles de la misma nacion, grandes salteadores y homicidas, van saliendo á poblado. Entre estos vi un indio que habia muerto mas de treinta españoles, y contando los indios llegarian á ciento, y ahora está tan sujeto, que es uno de los que responden de rodillas el catecismo. En S. Márcos vino á nosotros un indio que servia de intérprete, diciendo que un indio y una india muy viejos y enfermos querian ser cristianos. Fuí á verlos á sus chozuelas, les hice catequizar y los bauticé con gran consuelo de mi alma porque debian de tener entre los dos infantes reengendrados en Cristo, hasta doscientos y cincuenta años. Al dia siguiente pasé por la casa del viejo, y oyendo el nombre de Pablo, que le habia puesto en el bautismo, porque ya de vejez no tenia vista; se rió y pronunció con mucho contento los dulcísimos Nombres de Jesus y María, como para mostrar lo que tenia en su corazon. Uno y otro murió dentro de muy pocos dias, que no parece esperaban sino el bautismo. Repartí á toda esta cristiandad medallas, cruces, rosarios y otras cosas de devocion que agradecieron mucho, y á la despedida me pidieron por intérprete tres cosas: la primera, que no les quitasen los padres que los doctrinaban, que era todo su consuelo; la segunda, que les fabricasen Iglesias en que pudiesen oír misa y encomendarse á Dios; la tercera, que les diesen trompetas y otros instrumentos músicos para celebrar sus fiestas. En todo he hecho que se les dé gusto. Estas son algunas de las cosas que vi de paso en esta pobre gente, y como algunas pocas espigas de las grandes macollas que nuestros padres cogen en esta ciega &c.”

Con semejante velocidad se adelantaban las espirituales conquistas en las cercanías de Guadiana y laguna grande de S. Pedro. No así en Sinaloa, en que el ruido de las armas y espediciones militares, ha-

bian atemorizado y revuelto extrañamente aun á los que se hallaban inocentes. Por enero de 1595 entró en la tierra con 25 hombres D. Alonso Diaz, vecino de Guadiana, enviado del gobernador de Nueva Vizcaya, en calidad de su teniente, para proceder en la causa de aquella rebelion. Llevó consigo al padre Martin Pelaez, hombre de raro mérito, que fué despues provincial de esta provincia. Su primer cuidado fué asegurar á los moradores de la villa. Mandó fabricar una especie de fortin cuadrado con gruesas murallas de adobe, y alguna piedra con torreones en dos de los ángulos opuestos, que cubriesen cada uno dos lienzos del muro, y pudiese servir de asilo y ciudadela á los españoles en caso de algun repentino insulto. Informado del lugar en que vivia oculto Nacabeba y sus cómplices, envió á Miguel Ortiz Maldonado en su seguimiento. No pudieron penetrar el monte con tanto silencio que no fuesen sentidos de los bárbaros. Hicieron prisioneras tres mugeres de las malhechoras, que no habian podido seguirlos en su fuga. Entre estas, era la muger del impío Nacabeba, á quien uno de los indios amigos en el primer transporte de su cólera, sin poderse contener, tronchó con la mano la cabeza y recobró el cáliz quebrado, en que el padre celebraba el santo sacrificio. Nacabeba con su compañía sacrilega, no creyéndose bastantemente á cubierto de las armas españolas, procuró la alianza de los tehucos, y la consiguió al vergonzoso precio de cederles él y sus compañeros todas sus mugeres. Los zuaques que en su primera fuga habian acogido á Nacabeba, vinieron á disculparse con el capitán, ofreciendo en prueba de su sinceridad enviarle, como les pedia, lo que hubiese quedado en sus pueblos del venerable padre. En efecto, recibidos á la gracia de los españoles, y vueltos á su nacion, enviaron al otro dia la cabeza del padre Tapia. El capitán Alonso Diaz, dejando en su lugar á Juan Perez de Cebreros, vecino honrado de Culiacán, dió la vuelta á Guadiana, y el padre Martin Pelaez para México, llevando consigo el sagrado cáliz, y la venerable cabeza del siervo del Señor. Entre tanto, los cuatro misioneros procuraban, á pesar de la turbacion y el miedo de los pueblos, adelantar cuanto pudieran la obra del Señor. El cacique de Nio, que cultivaba el padre Pedro Mendez, se habia bautizado y casado, conforme al rito de la Iglesia. Este nuevo cristiano mostró desde luego un celo ardiente por la conversion de los suyos. Hacia con ellos todos los oficios de caridad para atraerlos al rebaño de Jesucristo, los buscaba entre las malezas y las breñas; prometiales seguridad de parte de los

españoles y buen recibimiento de los padres. Daba á estos noticia de las supersticiones de los indios, para que pusieran oportuno remedio. Entre otras cosas reveló al misionero un ídolo que tenían muy oculto, y en que adoraban la pitalla (fruta deliciosa de que hacian tambien un licor fuerte.) El padre, por las señas que le dió el fervoroso neófito, halló colgada de un árbol una figura con rostro humano, y lo demas no podia distinguirse. Estaban todas las ramas adornadas de varias pinturas, aunque groseras, y de arcos de flores y de yerbas olorosas, que en el poco cultivo de aquellas gentes, le causó no poca admiracion. No le causó ménos la docilidad con que á pocas palabras entregaron al padre el idolillo para que hiciera de él lo que quisiese. El misionero lo quemó en su presencia, haciéndoles al mismo tiempo una provechosa instruccion.

Otro triunfo muy semejante consiguió el padre Hernando de Santaren en el pueblo de Guazave. Salia para la villa escoltado de dos soldados españoles y algunos indios. Uno de estos, que iba mas avanzado, se entró por una senda del monte, dejando el camino ordinario. El padre se sintió movido á seguirlo, y vió que á poca distancia se detenia, haciendo ciertas señales de adoracion ante una piedra en forma de pirámide, como de una vara, poco mas de alto, en que estaban toscamente grabadas algunas figuras. El padre, que oculto le observaba, lleno de una santa indignacion, le mandó derribar aquella piedra, y temiendo el bárbaro tocarla por no morir, como decia, al instante. Esto acabó de encender el celo del misionero, que ayudado de los españoles le llevaron arrastrando hasta la plaza de la villa, donde la expusieron al público ultrage de los cristianos. Los guazaves que se hallaban presentes, sobrecogidos de horror, discurrían muy funestamente, pronosticando enfermedades y muertes. Entre otros, se le oyó decir á un anciano que aquella misma noche un violento torbellino ó uracan de vientos, pondria en consternacion los pueblos y derribaria las casas y las Iglesias. O fuese efecto de su mal deseo ó sugestion del demonio, que por medio de aquella piedra se decia haberles hablado varias veces, ó lo mas cierto, prudente congetura del mal viejo, fundada en ciertas observaciones que suelen hacer á los rústicos, mas acertados que á los astrólogos en este género de predicciones, aconteció que saliendo de la Iglesia, donde para hacerles una exhortacion los habia juntado el padre Santaren, una furiosa tempestad de aire turbó tan repentinamente la atmósfera, que no pudiendo estar á descubierto por el pol-

vo y arena que los ahogaba, tampoco podían refugiarse á su chozas, que como eran de paja y esteras, volaban muchas á discrecion del viento. El justo cumplimiento de esta prediccion, á pesar de las razones con que se procuraba desengañarlos, confirmó á los guazaves en la idea de su imaginaria, y mirando al padre como un hombre sacrilego, sobre quien debia caer prontamente la venganza del cielo, lo dejaron solo y huyeron á los montes, de donde no salieron sino á costa de muchas fatigas, viages y ruegos del padre Santaren. Para esto, le ayudó notablemente una india cristiana, que habia sido en Culiacán esclava de españoles y restituidose á su patria. A diligencias de uno y otro volvieron los indios á su pueblo. La buena india servia de catequizta juntándolos dos veces al dia para la explicacion de doctrina, visitando los enfermos y avisando al padre de su disposicion y su peligro. Fué tanta la docilidad y aplicacion de los guazaves, que aun de noche se juntaban voluntariamente á cantar la doctrina, el tiempo que ántes solian emplear en los bailes supersticiosos y en los cantos bárbaros.

La mayor dificultad era hacer que volviesen á sus pueblos algunos indios de los que administraba el padre Tapia, y que el miedo habia confundido con los malhechores, y hecho refugiarse entre los tehuecos. Estos bárbaros tenian bajo su proteccion á Nacabeba, y no parecian estar de humor de ser visitados de los padres. Sin embargo, sabiendo el padre Juan Bautista de Velasco que en los primeros pueblos habia algunos caciques bien dispuestos á favor de los cristianos, determinó pasar á verlos y reducir los descarriados á sus antiguos rediles. Habia en el primer pueblo un indio á quien los españoles habian dado el nombre de Lanzarote, de un talle gentil, de muchas fuerzas, y de un ánimo mayor que ellos, muy hábil, sin la astucia y cavilosidad en que suelen caer los muy sagaces, ántes de un espíritu justo, y de una elevacion y exactitud de pensamientos muy superior al génio de su pais. Gentil, pero extremadamente afecto á los españoles y á su religion, que conocia ser muy racional. Este salió á recibir al padre hasta tres leguas de su pueblo, y hablando con los soldados que le acompañaban. Yo bien conozco (les decia) las intenciones de los padres. Estos hombres no buscan sino nuestro bien. Lo primero á que hacen la guerra son los licores fuertes y las mugeres. En lo primero no tengo mucho que sacrificar; en lo segundo de cinco mugeres que he tenido hasta ahora, ya dejé las cuatro y me he quedado con la mas jóven, para que en mí no hallen estorbo sus buenos consejos. Entrando en el pueblo, si encon-

traba alguno que no tuviese mas de una muger, decia á los padres: este era bueno para cristiano. Hospedó al misionero en su casa, y mostrándole un niño pendiente aun á los pechos de su madre, este niño, (le dijo) es la cosa que mas amo en el mundo y deseo mucho verlo cristiano. Si á mí, ó por la guerra ó por algun otro accidente me aconteciere morir fuera de los míos, desde ahora os le entrego para que como á hijo vuestro le eduqueis en la religion y en las costumbres que profesáis, aunque sea contra la voluntad de su madre y de los míos. Las frutas, pescado y otras cosas con que regalaba á su huésped, todo se lo ofrecia en nombre de *Miguelito*, nombre que le impuso mucho ántes de recibir el bautismo. Un cacique de tan bellas luces y que era tenido como el héroe de su pais, fué el instrumento que Dios preparó al padre Velasco para la reduccion de sus medrosos neófitos, y para principio feliz de la conversion de aquellas gentes. Volvieron muchos de los indios huidos á sus tierras: no contento con estos buenos oficios el bravo cacique, determinó vengar el solo la injuria hecha á la fé y á la nacion en la muerte del padre Tapia. Supo que en uno de los pueblos de su nacion tenian los asesinos una de aquellas sus nocturnas arengas y bailes. Se armó de su arco y flechas, y llegó á tiempo en que el bárbaro orador, bajo una enramada, inflamaba los ánimos de sus oyentes, incitándolos á acabar con el resto de los españoles. Aunque algo distante y muy entrada la noche, al primer flechazo cayó en tierra el predicador. Todo el pueblo corrió á las armas; pero Lanzarote, que no conocia el temor, corrió en medio de tantos enemigos á cortar la cabeza al herido; pero movido de sus lágrimas y ruegos, le perdonó la vida, generosidad inaudita entre estas gentes; solo si tomando puños de tierra le llenó la boca, diciendo: Habla ahora contra los españoles y contra los padres que no te han hecho daño alguno. Entró tanto, todo el pueblo con armas habia corrido al lugar de la asamblea. El valeroso cacique sostuvo solo todo aquel golpe de bárbaros por mucho tiempo, hasta que herido en el cuello dió la vuelta á su pueblo, sin que ninguno se atreviese á inquietarlo en su retirada.

Mientras que los tres padres así trabajaban con los indios, el padre Martin Perez habia partido con el capitán Bartolomé Mondragon y algunos soldados á las minas de Baymóa. Estuvieron estos, según la relacion del mismo padre, en los confines de Sinaloa y la provincia de Tepehuanes, al Oriente de la Sierra Madre, que hubieron de pasar con no pocos trabajos. Confesados aquí todos los españoles y bautizados

algunos acajes, que era la nacion mas vecina, un suceso que interesaba su celo, le hizo tomar el camino de Topía, no poco distante. Un español, acusado de una torpeza abominable, habia denunciado por cómplices mas de treinta personas del mismo real, y entre ellas cuatro ó cinco inocentes, y que un motivo de venganza le habia precipitado á denunciar. Informado el padre de la inocencia de aquellas personas muy honradas, se puso á grandes jornadas en Topía. Se habia ejecutado ya la sentencia en algunos, y se procedia ya á sacar al suplicio á los inculpados, sin haber podido obtener que se desdijese el denunciador. El padre Martin Perez, poniéndole vivamente á los ojos la condenacion que le esperaba, en una y en otra exhortacion fervorosísima, hubo de mudarle el corazon. Se desdijo solemnemente con mucho honor de los acusados, y fué tanto el arrepentimiento del falso acusador, que estando sin prisiones, y pudiendo fácilmente salir de la cárcel con ayuda que le prometian, nunca quiso, diciendo que queria con aquella pública afrenta satisfacer al Señor por sus pecados, y pagar con su cuerpo lo que en él habia ofendido á su Magestad.

El grande fruto que unos pocos misioneros hacian entre las naciones bárbaras en Sinaloa y en las demas misiones, dieron motivo á que se pretendiese emplear el celo de nuestros operarios en todos los reinos que de nuevo se descubrian ó pretendian conquistarse en la América. Habia sucedido á D. Luis de Velasco el segundo, en el gobierno de Nueva-España, el Exmo. Sr. D. Gaspar de Zúñiga y Azévedo, conde de Monterey. Entre las instrucciones que traia de la corte, era una la conquista del Nuevo-México, que efectivamente encomendó luego á D. Juan de Oñate, á principios del año de 1596. Este noble vizcaino no se distinguia ménos por su valor y su conducta, que por su insigne piedad. Luego que se vió revestido de esta importante comision, escribió al padre provincial en los términos siguientes: „Yo doy toda la prisa del mundo para el buen despacho de esta jornada del Nuevo-México. Y lo principal para que tenga el éxito que nuestro Señor quiere, y el principio sea santo, y el medio y el fin sea con glorioso triunfo, me resta llevar solo dos padres de la Compañía ahora de presente, porque parece que tienen particular gracia del Señor para plantar la planta nueva y tierna del Evangelio en los corazones de los hombres, y para componer pasiones, y atropellar dificultades. Suplico á V. R. me haga merced de concederme esta súplica, que no se me puede negar por ser tan justa, y en servicio de Dios nuestro Señor y

aumento de su santa fé. Sobre ello escribo tambien al Sr. virey. No se pudo condescender á las instancias de uno y otro, porque el rey católico, informado del ardiente celo y copioso fruto con que habian plantado y promovido el culto del verdadero Dios en la América los religiosos de S. Francisco, mandaba que pasasen á promulgar el Evangelio al Nuevo-México, los que con tanto acierto y felicidad lo habian plantado en el antiguo. Sin embargo de esta repulsa, equipando pocos meses despues el mismo virey una armada para la conquista de la California, quiso que los jesuitas acompañasen en esta expedicion al capitán Sebastian, vizcaino, que tambien ardientemente lo deseaba. La escasez de sugetos que habia aun en la provincia, y la poca esperanza que podia fundarse sobre aquel armamento, no dió lugar á admitir esta proposicion y emprender una conquista que el cielo tenia reservada á la Compañía en tiempos mas oportunos, que ocuparán un gran lugar en esta historia.

El Exmo. conde de Monterey mostraba en todas ocasiones un singular aprecio á la Compañía. El grande ejemplo de personage tan ilustre dió mucho esplendor, y acabó de poner en toda su perfeccion la congregacion del Salvador, á cuyos ejercicios asistia con frecuencia los domingos en medio de las ocupaciones de un gobierno tan dilatado. Redimia con gruesas limosnas muchos presos de los que por deudas estaban en las cárceles, imitándole con esto muchas personas de las que componian el gremio de aquella congregacion. Con la licencia que el año ántes se habia conseguido del nuncio apostólico, se dispuso para el dia 2 de febrero la dedicacion de la nueva Iglesia que se habia fabricado interin se edificaba el suntuoso templo que pretendian hacer los insignes fundadores de aquella casa. Era bastante capaz, y á su proporcion crecieron los concursos, y pareció dilatarse tanto la caridad de sus moradores en todo género de espirituales ministerios, como la generosidad de los vecinos en las frecuentes y copiosas limosnas con que contribuian á su sustento.

El colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo correspondió de su parte al grande afecto que el Sr. virey mostraba á la Compañía. Habiendo querido el excelentísimo honrar con su asistencia el inicio general, y siendo esta la primera ocasion que visitaba nuestros estudios, se le recibió con un coloquio de varios metros latinos, dando á conocer toda la utilidad que resultaba al público de la instruccion de la juventud, y el paternal empeño de S. E. en este importante asunto. Despues de

esto, doce de los mejores estudiantes, ricamente vestidos, le presentaron otros tantos carteles con varias empresas y geroglíficos alusivos á las armas de su nobleza, aplicándolos en verso castellano al lustroso empleo que ejercia, y á los grandes talentos y cristianas virtudes que ilustraban su persona. Con semejantes funciones literarias celebraron los estudiantes del colegio máximo á los Illmos. señores D. Fr. Ignacio de Santibañes, primer arzobispo de Filipinas, del orden de S. Francisco, y D. Bartolomé Cobó Guerrero, inquisidor mayor de México y electo arzobispo de la Nueva-Granada. El cultivo de las musas y de la bella literatura no disminuía un punto en los maestros y en los discípulos el amor de la virtud. Los mismos que con tanto acierto los guiaban al templo de la sabiduría, se veían por las calles públicas de la ciudad á la frente de aquella tierna juventud, ir á servir á los pobres de Jesucristo en los hospitales y en las cárceles, y salir de allí á las fuentes de la ciudad á llevar agua á los presos que padecían en aquellos tiempos mucha escasez; ejemplo de grande caridad, de mortificación y abatimiento en que por muchos días se ejercitaron nuestros hermanos estudiantes, á quienes acompañaban algunas veces los seglares y los seminaristas de S. Ildefonso. El mismo fervor y la misma constancia habia en los demas ejercicios de la congregacion de la Anunciata de que todos eran miembros. El buen olor de tanta edificacion no llenaba solo á México, sino que habia corrido á toda la estencion de la América. Unos devotos sacerdotes de Guatemala, distante mas de trescientas leguas de la capital de Nueva-España, escribieron al padre prefecto de la congregacion de México les mandase los estatutos de la congregacion para formar ellos otra semejante. De parte de la de México se les respondió confirmándolos en sus buenos deseos, y dándoles esperanza de alcanzar por medio de N. M. R. P. general alguna gracia de la sede apostólica para que tan buenos principios se perpetuasen á gloria del Señor y de la Virgen Madre. Finalmente, no podemos pintar con mas vivos colores la regularidad de costumbres y anhelo de la perfeccion en que florecian nuestros estudiantes, que con las palabras de la *annua* que se escribió al padre general. Hállanse, dice, movidos muchos á entrar en diversas religiones; tanto, que en sola la de S. Agustín se recibieron en un dia diez y ocho estudiantes de nuestras clases, escogidos entre mas de cuarenta que andaban en la misma pretension.

Entre las frecuentes misiones que del Seminario de S. Gregorio se hacian á pueblos de indios, fué este año una de las mas señaladas,

Llegando á cierto lugar los misioneros hallaron que una india malvada, favorecida del demonio, habia con sus predicciones y hechizos trastornado los ánimos de aquella pobre gente, para que sin temor alguno, ó esperanza de los castigos y premios de la otra vida, se entregasen á la mas infame idolatría, y á las abominaciones mas brutales. Comenzaron luego á persuadir con todas las razones mas fuertes la verdad de este artículo fundamental de nuestra fé. Verosímilmente en la disposicion presente de los ánimos hubiera sido muy poco el fruto de su predicacion, si el ciclo no se hubiera declarado á favor de su santa fé con uno y otro caso que les puso ante los ojos cuanto debian esperar y temer de la vida venidera. Un indio que habia sido tullido toda su vida de pies y manos, y pasaba mendigando, acometido repentinamente de una apoplejía quedó yerto y fuera de sentido. Creyeronlo todos por muerto, y aun el padre que acudió prontamente á confesarlo, se contentó con decirle un responso. Volvió en sí despues de dos horas llamando á grandes voces al padre. Hállóle con el aliento en fatiga y bañado de un copioso sudor nacido de la interior congoja que manifestaba bien en los ojos y en todo el aire del semblante. Se confesó con muchas lágrimas, y añadió que en aquel tiempo habian pasado por él cosas muy grandes. Luego que me acometió el accidente, dijo, me pareció ir por un camino muy ancho siguiendo á muchos que marchaban delante de mí con grande ruido y fiestas; mas á poco trecho ví un despeñadero profundo que terminaba en una olla de fuego, como un horno de cal. Oí dentro de aquella caverna grandes alaridos y ruido de cadenas, y unas voces espantosas que decian: Aquí pagaréis ahora vuestra embriaguez y deshonestidad: aquí veréis qué era lo que teniais en tan poco. En esta confusion, una persona de hermoso y apacible semblante me condujo por la mano á una senda muy angosta por la ladera del mismo monte, y á su falda ví un hermoso valle y campos muy floridos, á que era necesario entrar por una puerta de donde salia mucha luz. Quise entrar; pero el compañero me detuvo, diciendo que aun no podia, que debia ántes confesarme, y dar de parte de Dios algunos avisos. Anda, me dijo, y dile á la india hechicera, que tanto estrago hace en el pueblo, que dentro de tres dias morirá y vendrá á pagar sus maldades en este lugar de tormentos. Avisa tambien al cacique de tu gente que aquí tiene el lugar prevenido para castigo de sus liviandades. Era este indio tan distinguido entre los suyos por su antigua nobleza, como infame por la corrupcion de sus costumbres, y que en su

Sucesos raros.